

inicial en su experiencia lectora. Le ve limpiarse con el pañuelo la expectoración de unos bronquios quebrantados. El gran escritor es un pobre hombre enfermo y el adolescente descubre esa dimensión sencillamente humana. Algo semejante le ocurrirá a él, al gran poeta que será, cuando acuda a visitarle "el poeta desconocido", el muchacho que se fue defraudado al comprobar que un gran artista no es nada más—ni nada menos—un hombre que trabaja y crea con esfuerzo».

La larga cita precedente pretende un poco situarnos en el relato biográfico de Leopoldo de Luis. Dado que no se trata en este comentario de hacer una rebiografía de Aleixandre, aunque vayamos señalando algunos momentos más o menos claves de su existencia, sí interesa advertir el tono que De Luis da a su consideración del poeta sevillano como vívido exponente de un siglo apresurado como es el nuestro. Ciertamente, una noche un buen amigo decía que la diferencia, por ejemplo, entre Antonio Machado y Vicente Aleixandre era que aquél andaba, caminaba entre la gente, hablaba con el pueblo, mientras que éste es un hombre más hermético, más interior, más concentrado en un universo de visiones, de sueños. Ello no quiere poner a un poeta sobre otro, sino, simplemente, hacer una gran e importante diferencia entre su poesía. La poesía de Machado (Antonio), de Miguel Hernández, de García Lorca, es poesía de puertas afuera, de insinuaciones reales, mostradora de las vivencias de un pueblo, del pueblo. La de Aleixandre, sobre todo la última, es reflexión, concentración, búsqueda de las profundas razones de la existencia, intimismo retador, proceso a la desesperanza. Su exilio interior, desde este punto de vista, refuerza una visión del hombre como testigo de un tiempo lamentable, abocado a la propia destrucción de la convivencia y detentador de la propia imagen vulnerada de una sociedad efectivamente rebelde y/aunque perturbada.

Tampoco quiere decirse que toda la poesía de Aleixandre, que todo en su vida, haya sido intimista. Dice Leopoldo que «el verano de 1917 había sido decisivo para Vicente Aleixandre», y relata el encuentro del poeta con Dámaso Alonso en las Navas del Marqués, encuentro que habría de marcar, con tintes ampliamente literarios, toda la vida de Aleixandre. Dos años después, éste termina su carrera de Derecho y en 1921 comienza a trabajar: «Mañana y tarde acude Vicente a su despacho de los Ferrocarriles Andaluces, en un local del paseo de Recoletos, frente al jardín del Banco Hipotecario, por donde había pasado pocos años antes, con su bicicleta, camino del colegio. La correspondencia oficial es el primer entrenamiento del futuro escritor. Una tarde del mes de marzo, sentado a su mesa, oye ruido de multitud. Por la ventana ve pasar el entierro de don

Eduardo Dato, muerto por unos pistoleros el día antes en la plaza de la Independencia. El país está inquieto». Bien, la misma inquietud del país es la que, en aquellos momentos, existe en el ánimo de Aleixandre. Son tiempos de íntimas relaciones y de importantes acontecimientos literarios, todo lo cual hace mella en la vida del poeta. Son tiempos también de ciertos cambios, y la competencia mercantil de Aleixandre le reclama en nuevos puestos de trabajo, viaja por España y lo hace a París y a Londres, comienza a escribir lo que sería su primer libro, etc., todo ello en momentos en que «la poesía española presenta un panorama confuso»; confuso, aunque no vacío. La relación que indica Leopoldo habla de ello, y al referirse al grupo generacional que se perfilaba, recuerda que «este grupo exhibía sus primeros libros en 1921: *Libro de poemas*, de García Lorca; *Poemillas puros*, de Dámaso Alonso; en 1922, *Imagen*, de Gerardo Diego; 1923, *Presagios*, de Pedro Salinas; 1924, *Marinero en tierra*, de Alberti... Es la generación que se ha llamado "de la dictadura" por razón de coetaneidad. Jorge Guillén ha aclarado que "ninguno de ellos participó de ningún modo en el régimen de Primo de Rivera"». El viaje de Aleixandre a París coincide también con interesantes momentos literarios allí, donde comienzan a cobrar vigor los nombres de Paul Valéry, Tristán Tzara, Paul Eluard, André Breton, etc. Y ya antes había viajado el sevillano a Lisboa, amén de otros recorridos por la geografía patria. Se acumula el trabajo profesional y la relación intensa con la literatura. Es una época casi agobiadora; Aleixandre es un joven dinámico y laborioso en todos los terrenos, hasta que... «La carpeta de poemas para *Ambito* crece. Pero todo quedará en suspenso, se ha escrito un poco más arriba—dice Leopoldo de Luis—. En abril de 1925, a poco de haber ingresado en la Compañía del Norte, un estado febril turba la felicidad familiar. Comienzan las visitas médicas. La fiebre no remite. El doctor Rozábal, médico de cabecera y amigo de la familia, aconseja la consulta con un urólogo. El doctor Sánchez Covisa diagnostica una infección de vejiga. Transcurren las semanas. No hay mejoría. Nuevos reconocimientos, nuevas consultas. El diagnóstico ahora es una nefritis de tipo tuberculoso.» Pasa una temporada en Miraflores de la Sierra, lugar que el poeta ve así:

*Las casas se levantan
apenas, chaparro o piedra
agazapada que se aprieta o ahínca
contra la tierra, con un mísero espanto,
... ..
Este pueblo ha dormido
años o siglos. Cochiqueras, cubiles. Porquerizas se llamaba
en la Historia.*

De allí pasa a Aravaca, en las cercanías de la capital, donde termina de escribir *Ambito*, que aparecerá poco después en la mala-gueña colección «Litoral», dirigida por Emilio Prados, el antiguo compañero de colegio. Se señala la llegada de Vicente Aleixandre a la casa de Velintonia, 3 (mayo de 1927), y dice Leopoldo: «No lo olvidéis, amigos. (La poesía española ha estrenado casa para muchos años.)» Es ciertamente importante esta casa y casi obligado pasar por allí quien de alguna manera estime a las letras españolas o quiera tener un hueco o un nombre dentro de ellas. Desde hace más de cincuenta años es punto de cita de escritores, poetas, periodistas. ¡Con qué afecto habla de ella tanta gente!, y la nómina será excesivamente larga. También es necesario recordar que en la misma casa habita desde hace bastantes años la reciente académica Carmen Conde.

En 1933 obtiene Aleixandre el Premio Nacional de Literatura por su libro *La destrucción o el amor*; un año antes publicaba *Espadas como labios*, un poco mejorado de fuerte recaída en su enfermedad y tras serle extirpado un riñón. Por entonces ya son buenas las amistades con García Lorca, Gerardo Diego, Luis Cernuda, Alberti, Alto-laguirre, Neruda y un largo etcétera, y las visitas a Velintonia de nuevos poetas, como Miguel Hernández, comienzan a ser cuestión obligada para todo hombre que se precie. En 1934 había muerto la madre de Aleixandre, y al siguiente año ve la luz *Pasión de la tierra* en México. Tras la muerte del poeta granadino, publica Aleixandre una sentida semblanza de García Lorca y de nuevo ve reproducida su enfermedad cruel, tan cruel como la guerra civil, que está asolando geografías y conciencias. «Desde la cama, Vicente escucha el estampido de los cañonazos y, a veces, el fragor de los combates, no demasiado lejos. Comprende esa triple lucha por la vida que el ser humano tiene que librar: contra el hambre, contra la enfermedad, contra la guerra. Percibe que en una ciudad donde a diario se muere y se mata violentamente, el delgado hilo de su vida de enfermo no cuenta sino para aquella intimidad próxima de su pequeño clan.» En el año del fin de la guerra comienza a escribir *Sombra del paraíso*; al año siguiente, muerte de su padre. La voz de Vicente Aleixandre enmudece un poco, aparece distanciado del entorno glorioso de una España vencedora; su labor continúa en el silencio, casi un poco en el olvido. Comienza, diríase, el primero de los exilios o el comienzo del largo exilio de ese poeta de quien incluso alguien como Carlos Pellicer, según relata De Luis, llegó a preguntar si caminaba. Queda atrás su visión de la catástrofe, con versos de una rudeza y un amor indescriptibles, pocas veces igualados en el sentir de un pueblo rabiosamente enfurecido al ser pisoteado y hundido bajo la gloria de cadu-

cas canciones y de gestas inmóviles. Dice Leopoldo, no obstante, que «en estos años de silencio—silencio público—de Aleixandre se ha producido un extraño fenómeno. Su nombre y su casa tenían una rara atracción. Los poetas jóvenes de entonces los descubren. Cano y Morales eran amigos suyos desde pocos años antes. Pero en seguida se acercaron a su amistad Gaos, Bousoño, Nora, Otero, Valverde. Eran alumnos de la Facultad de Letras. Y Maruri, Hierro, Hidalgo, Ricardo Juan Blasco, Jorge Campos. También las poetisas Carmen Conde, Susana March, Concha Zardoya. Y otros poetas: García Nieto, Montesinos, Crémer, Manuel Segalá, Celaya—aún Rafael Múgica—, Garciasol. Y quien esto escribe». Tal vez todo esto suceda, como se explica más adelante, porque «la joven poesía española, desorientada y confusa, necesitaba un maestro, y lo encontró en Vicente Aleixandre». Pero es que, además, son años en que frente a la reclusión del poeta se va a descubrir la honda permanencia de su poesía y sus versos van a tener una vigencia y un valor difícilmente superables. Así, además de la inclusión en publicaciones periódicas de poemas o trabajos de Aleixandre, ven la luz sus libros *Sombra del paraíso* (1944), *La destrucción o el amor*, segunda edición (1945), *Pasión en la tierra*, primera edición en España (1946), la elegía *En la muerte de Miguel Hernández* (1948).

En 1949 Vicente Aleixandre es elegido como académico de número en la Real Academia de la Lengua, leyendo su discurso de ingreso a comienzos del siguiente año; año en que aparece una edición de *Mundo a solas*, y en que Aleixandre da conferencias en las Universidades de Oxford y Londres y se edita el libro de Carlos Bousoño titulado *La poesía de Vicente Aleixandre; imagen, estilo, mundo poético*. Vuelve a ser época de cierta actividad para el autor de *Espadas como labios*: Córdoba, Valencia, Barcelona, Alicante; después, Tánger y Tetuán, donde, «como buen andaluz, se encuentra a gusto en el paisaje y el clima marroquíes. Realiza la imprescindible y sugestiva visita a la ciudad de Xauen, donde el agua suena como un zéjel». Después surgen actos poéticos en Madrid, Canarias, Melilla («durante su estancia le rodea la devoción del grupo de las revistas *Manantial* y *Alcándara*: López Gorgé, Salgueiro, Miguel Fernández, Eladio Sos»), Mallorca: Aleixandre anda, camina, habla con la gente. Y lo hace tal vez como síntoma de una especie de rebeldía interna contra lo establecido, lo estatuido, tanto en su patria como en la inmensa Patria Herida que es el mundo. Leemos:

«El 9 de octubre de 1959, solicitada su opinión sobre el desarme y la paz de los pueblos, en una encuesta entre grandes personalidades mundiales que organiza la radio de Checoslovaquia, Aleixandre